

NÚÑEZ DE ARCE, GASPAR (1834-1903)

ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON

SR. D. RAFAEL CALVO:

Mi distinguido amigo: Se empeña V. en leer ante el público del Teatro Español mi poema inédito LA ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON, y no puedo resistirme a sus instancias. En primer lugar -¿para qué ocultarlo?-, porque me halaga la idea de oír mis pobres versos líricos en labios de un actor que, como usted, sabe llegar, con la magia irresistible de su palabra, a lo más hondo del corazón humano, y, en segundo lugar, porque no cumpliría con mi deber negándole mi débil concurso para la empresa que con ver dadero valor acomete, tan conveniente al desenvolvimiento de las letras patrias y a la cultura de las costumbres.

Merecedor sería V. de general aplauso si lograrse, como pretende, aclimatar en España las lecturas públicas que en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Alemania, en Francia, en Italia, en todas las naciones donde las corrientes de civilización no se detienen ni estancan, han ensanchado los horizontes de la inteligencia, depurando el gusto de la multitud, ilustrándola, ennobleciéndola y familiarizándola con los nuevos ideales de la ciencia y de la literatura. Ninguno mejor que V., dotado por el cielo de tan relevantes cualidades artísticas, puede llevar a feliz término la obra fecunda a cuya realización aspira, y en este camino Italia ofrece a V. grandes ejemplos que imitar. Recuerdo, entre otros, al célebre actor Módena, que llenó con su nombre la escena, el cual, haciendo resonar en todos los teatros de aquella nación, hermana de la nuestra, los cantos más patrióticos y viriles de sus poetas inmortales, contribuyó poderosamente a despertar la conciencia aletargada de su patria cuando más decaída y postrada parecía, y a infundirle el aliento que anima las robustas inspiraciones de Dante y de Hugo Fóscolo.

En lo único en que no está V. acertado es en escoger una producción mía para hacer el ensayo, porque me temo que la mala elección de V. esterilice, o, por lo menos, retrase el éxito de su generosa tentativa. Aparte del escaso mérito intrínseco de mi poema, que V. de seguro exagera, es notorio inconveniente para la lectura la circunstancia de tratarse en él de un poeta extranjero, el cual, aun cuando sea conocido, porque los rayos de su gloria a todas partes han alcanzado, no es, sin embargo, popular, y cuya atormentada vida tampoco puede excitar entre nosotros el mismo interés que en Inglaterra. Pero V. me da ejemplo de valor, arrojando estas dificultades, y me decido a correr en tan buena compañía el albur del intento. Únicamente le pido, en cambio de la docilidad con que accedo a sus deseos, que si, por desdicha mía, el público a quien no ciega para juzgar mis obras la amistad que V. me profesa de antiguo, es en esta ocasión más imparcial y, por tanto, más severo, no se desanime V. por el mal éxito, ni abandone el proyecto que ha

concebido, porque no es de corazones enteros desmayar a la primera contrariedad, ni se consigue en el mundo nada digno de ser celebrado, sino a costa de improbo trabajo y de incansable perseverancia.

Sabe V. que le quiere su buen amigo,

G. NÚÑEZ DE ARCE.

ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON

I

Otra vez, incansable peregrino,
ansioso de cruzar pueblos extraños,
vuelvo a emprender el áspero camino
que seguí errante en mis primeros años.
Al duro peso del dolor me inclino,
póstranme fatigosos desengaños;
pero arrastrado a mi pesar me siento
como las hojas secas por el viento .

II

Huérfano y solo abandoné mis lares,
marcando el rumbo hacia remotos climas,
surqué a mi antojo procelosos mares
y hollé la nieve de empinadas cimas.
Mas do quiera la hiel de mis pesares
vertí en acerbas y sonoras rimas,
por todas partes implacable y frío
fue detrás de mis pasos el hastío.

III

¿Por qué, por qué desde mi abril temprano
molesto huésped a mi hogar se sienta,
la copa del placer rompe en mi mano
y hasta en los brazos del amor me afrenta?
¡Ay! ¿Quién pregunta al férvido Océano
por qué ruge o se aplaca la tormenta?
Como el profundo mar, ¿no tiene el alma
terribles horas de angustiosa calma?

IV

Más terribles quizá porque es más grande
y en su furor satánico no tiene
ley que la rijan, halago que la ablande,
ni costa que sus ímpetus refrene.
ya brusca y pavorosa se desmante,
ya sus olas indómitas serene,
la causa a que obedece queda oscura.
¿Es el poder del genio? ¿Es la locura?

V

¡El genio! ¡La locura!... ¿Quién decide
tan difícil cuestión? ¿Quién fija y nombra
la línea imperceptible en que coincide
la clara luz con la nocturna sombra?
¿Dónde está nuestro juicio? ¿Quién le mide?
¡Con frecuencia el azar! ¿Y a quién no asombra
ver que la humanidad cobarde o ciega,
al éxito se rinde y se doblega?

VI

Pirámides de cráneos contra el cielo
levanta Tamerlán una tras una;
oprime el Asia sin temor ni duelo,
y es grande, y la lisonja le importuna.
Locos son Catalina y Massanielo
porque les fue contraria la fortuna;
que la suerte, quizás no merecida,
es genio; y es demencia la caída.

VII

Mas, ¡ay!, ¿qué valen mis cansadas quejas?
Con mis vanos lamentos ¿qué consigo?
Viejo es el mundo, sus desdichas viejas,
y en sus crímenes lleva su castigo.
Nunca, tedio mortal, nunca me dejas,
donde quiera que voy tú vas conmigo,

y no sé resistir cuando me envías
noches sin sueño y fatigosos días.

VIII

¡Días de horrible laxitud! El cielo
transparente y azul me causa enojos,
cubre la tierra insoportable velo
y el llanto nubla sin razón mis ojos.
Como un sepulcro el corazón de hielo
guarda de mi entusiasmo los despojos,
y están en esas horas de bonanza
mudo el deseo y muda la esperanza.

IX

No acierto a comprender qué afinidades
hay entre el mar y el pensamiento humano,
entre esas dos augustas majestades
que el abismo contienen y el arcano.
Hondas borrascas, sordas tempestades
conmueven la razón y el Océano:
sólo que ruga el mar cuando batalla,
y el pensamiento en sus tormentas calla.

X

¡Venga la tempestad! Cuando resuena
su fragorosa voz, y estalla el rayo,
y el huracán encrespa su melena,
sacude el alma su mortal desmayo.
Entre el horror de la sublime escena
aliento, gozo, a mi placer me explayo.
Después..., vuelve la calma abrumadora
y el tedio de la vida me devora.

XI

Partí de cara al sol. No sé qué extraña
y misteriosa fuerza impelía
a esas regiones fértiles que baña

la fecundante luz del Mediodía.
Italia, Grecia, Portugal y España,
pueblos gigantes cuando Dios quería
y hoy sombra nada más de lo que fueron,
con sus muertas grandezas me atraieron.

XII

Descendí por la rápida pendiente
de los agrestes Alpes, que, vecinos
al sol, elevan su nevada frente
orlada a trechos de silvestres pinos:
salvando ya el abismo, ya el torrente,
ya el traidor ventisquero, por caminos
que abrió el barreno en la montaña dura,
bajé de Italia a la feraz llanura.

XIII

¡Con qué consolador recogimiento,
yo, pobre y olvidado vagabundo
sin hogar y sin lazos como el viento,
miré a mis plantas el vergel del mundo!
Europa en vergonzoso enervamiento
yacía entonces y en sopor profundo,
cual gladiador que tras penosa brega
sus recios miembros al descanso entrega.

XIV

¡Oh, bien me acuerdo! Reposaba todo,
y recogía atónita la historia
la sangre con las lágrimas, el lodo
con la virtud, la infamia con la gloria.
Era pasado el trágico período,
que vivirá del tiempo en la memoria,
en que acosada el águila del Sena
cayó, para no alzarse, en Santa Elena.

XV

¡La guerra enmudeció! Sólo el tirano

que en los arduos empeños de su vida
supo ser, con aliento soberano,
en todo grande, excepto en la caída,
se revolvía en el peñón lejano
con ruda y formidable sacudida:
el mar encadenaba su egoísmo
y era un abismo en medio de otro abismo.

XVI

Mas, ¡ay!, ¿por qué fatalidad que aterra,
por qué inconstancia de la suerte impía,
al hundirse el azote de la tierra
más feroz despertó la tiranía?
Cuando cambió la asoladora guerra
los destinos humanos en un día,
la presa que las águilas soltaron
mil carnívoros buitres devoraron.

XVII

No fue ya el despotismo del coloso
que, como río de encendida lava,
al avanzar rugiente y proceloso
con sus olas de fuego deslumbraba.
El fanatismo fue torpe y mañoso
que los cimientos de la fe socava;
fue el miedo suspicaz, el más inmundo
de los tiranos que soporta el mundo.

XVIII

No vistió nunca el militar arreo,
y fue, al moverse entre la sombra oscura,
su casco de batalla el solideo
y el monástico sayo su armadura.
Incansable y voraz como el deseo,
mortal como la lenta calentura,
blandió contra la tierra amedrentada
más la cruz que la punta de su espada .

XIX

Si es ley que la revuelta muchedumbre
el yugo sufra de atrevida mano,
que la enaltezca al menos y deslumbre
con sus épicas glorias el tirano.
Y ya que con forzada servidumbre
pague sus culpas el linaje humano,
el brazo vigoroso que le venza
infúndale terror y no vergüenza.

XX

En el nombre de Dios la heroica España
que al mundo despertó de su letargo,
como premio debido a tanta hazaña
sufre martirio ignominioso y largo.
De la propia opresión y de la extraña
coge Italia infeliz el fruto amargo,
y cual botín en manos de bandidos
ve sus hermosos campos repartidos.

XXI

En el nombre de Dios los calabozos
abren sus anchas fauces, nunca llenas,
donde sólo responde a los sollozos
del desdichado, el son de sus cadenas;
en el nombre de Dios viejos y mozos
en extranjero hogar lloran sus penas;
en el nombre de Dios fiera cuchilla
cercena la cerviz que no se humilla.

XXII

¡Todo en nombre de Dios! ¡Blasfemia horrenda!
Yo sé que para el Dios de mis mayores
el humo del incienso es grata ofrenda,
no de la hirviente sangre los vapores.
Iris de santa paz en la contienda
sé que extiende sus brazos redentores
para estrecharnos con amor profundo,
¡ay!, pero no para oprimir el mundo.

XXIII

Te han calumniado, ¡oh Dios! Tú oyes el grito.
del corazón doliente y consternado,
tienes misericordia y no has proscrito
la augusta libertad. ¡Te han calumniado!
Si la insaciable sed a lo infinito
que aguija mi razón es un pecado,
si únicamente para el mal existe,
responsable no soy: ¡Tú me la diste!

XXIV

No puede ser que viva el pensamiento
dentro de mí como enjaulada fiera:
sólo para alumbrar nuestro tormento
la antorcha del espíritu no ardiera.
La fe que busco, la inquietud que siento,
el negro abismo, la insondable esfera,
lo invisible, lo incógnito, lo arcano,
todo está abierto al pensamiento humano.

XXV

Si congojoso afán le ofusca y ciega
y alguna vez quizás, cuando le asombra
la oscura soledad por do navega,
no te ve, no te siente, no te nombra;
si en su aflicción te niega, ¿quién te niega?
Un átomo, la sombra de una sombra
en la inmutable eternidad perdida:
menos que sombra; ¡el sueño de una vida!

XXVI

¡Desgraciada del alma que sin tino
en alas del error su vuelo encumbra,
y abandonada y sola en su camino
niega la misma luz que la deslumbra;
que ve a lo lejos el fulgor divino
y no acierta a salir de la penumbra;
que avanza, confundida a cada instante,

siempre desesperada y siempre errante!

XXVII

¡Ay! He dudado, dudo todavía;
pero nunca de ti. Si te ocultaras,
mi ardiente convicción te encontrarla.
Pueden turbas frenéticas o ignaras
renegar de Jesús y de María,
quemar sus templos, profanar sus aras;
puede en horas de espanto y desconsuelo
como el Olimpo desplomarse el cielo:

XXVIII

pueden, cual otras antes, nuestras vivas
creencias sepultarse en el vacío,
pues no porque las ondas fugitivas
vayan al mar, desaparece el río;
pueden transformaciones sucesivas
cambiar la faz del mundo a su albedrío:
tú siempre flotarás con tus eternas
leyes, sobre los orbes que gobiernas.

XXIX

Si chocaran, haciéndose pedazos,
los astros con horrible desconcierto;
si rotos, ¡ay!, de la atracción los lazos
se desquiciara el universo muerto;
si quedara al impulso de tus brazos
el espacio sin fin mudo y desierto,
y el tiempo con sus noches y sus días
dejara de existir, tú existirías.

XXX

Mas ¿a qué esfera mi incesante anhelo
me arrebatara y transporta? A pesar mío,
por la excelsa región remonto el vuelo,
subiendo en pos de la verdad que ansío.
Pero el dolor, que me sujeta al suelo,

fuerzame a descender trémulo y frío,
cual ave que aletea inquieta y viva
dentro de la prisión que la cautiva.

XXXI

¡Torno a la triste realidad! ¿Y adónde
podré volver mi tétrica mirada,
sin que me aflija la abyección que esconde
nuestra mezquina y lóbrega morada?
Cuanto más sufra, cuanto más ahonde,
cuanto más baje el alma infortunada,
tanto mayor, le mostrará la tierra
el abismo sin término que encierra.

XXXII

¡Ay! ¡Yo lo he visto con horror! Yo mismo,
de incertidumbre y de terrores lleno,

voy rodando hacia el fondo de ese abismo
do se amasa con lágrimas el cieno.
La infamia, la traición y el egoísmo
me han brindado su cáliz de veneno,
y he sentido, al beber su última gota,
rota mi lira y mi existencia rota.

XXXIII

¡Patria! ¡Risueño hogar! ¡Caliente nido
que nunca más veré! Turbado y mudo,
de vosotros llorando me despido,
y con adiós patético os saludo.
¿En dónde está la fuente del olvido,
para agotarla toda? En vano acudo
a mi flaco valor y lucho en vano
contigo, ¡oh mi recuerdo!, ¡oh mi tirano!

XXXIV

¿Quién del fondo del alma te desecha?
Como el águila soy que lleva hundida

en su ala enorme la traidora flecha,
y va sangrando siempre de su herida.
Desalentada, atónita y maltrecha,
por la ancha inmensidad vuela perdida,
hasta que encuentra, al desplomarse inerte
en abrupto peñón, oscura muerte.

XXXV

¡Yo también moriré! ¿Dónde? ¡Quién sabe!
Desesperado y con mi herida abierta
pudiera hallar mi tumba, como el ave,
quizás en roca estéril y desierta.
No habrá, do quiera que el pesar me acabe,
quien, abrazado a mí, lágrimas vierta,
ni quien cierre, mis ojos y recoja
mi último beso, mi postrer congoja.

XXXVI

¡Olas del mar que con la frágil quilla
de mi libre bajel rompo y quebranto,
corred, llegad a la britana orilla
crecidas y amargadas con mi llanto.
Y allí, do triste y silencioso brilla
mi abandonado hogar, si alcanzáis tanto,
decid, junto a la lumbre, al ángel mío
que estoy muriendo de cansancio y frío!

XXXVII

¡Frío del corazón que hasta mis huesos
penetra y por mis venas se derrama,
y agolpa a mi memoria los sucesos
de mi vida, en confuso panorama!
Sólo el calor de tus amantes besos,
no los pálidos rayos de la fama,
pudiera dar al alma entumecida
de tu padre infeliz, aliento y vida.

XXXVIII

¡Pero jamás tu sonrosada boca
en mí se posará! ¡Nunca el abrigo
de tus brazos tendré! Sufrir me toca
errante y resignado mi castigo.
¡Oh! Si no tienes corazón de roca,
cuando se cebe la opinión conmigo
y escarnecido mi recuerdo veas,
compadéceme y gime y no la creas .

XXXIX

Acaso te dirá que ingrato y duro
abandoné la cuna en que dormías,
que no tuve piedad, que fui perjuro
y me encenago en crápulas y orgías.
Te engaña; no la creas. ¡Te lo juro
por mí, por ti, por los fugaces días
de amor y calma que gocé a tu lado!
Pude imprudente ser, mas no culpado.

XL

¡Llora pensando en mí! Justo es que llores,
pues mientras dure de mi vida el hilo,
iré siempre a merced de mis dolores
sin paz, sin esperanza y sin asilo.
Mas basta ya de inútiles clamores:
surca, velera nave, el mar tranquilo,
que ya ilumina el sol de la mañana
la cima del Pentélico, cercana.

XLI

Al través de los diáfanos celajes
con que aparece la rosada aurora,
ante mí se despliegan los paisajes
que la naciente luz inunda y dora.
¿Serás término y fin de mis viajes,
desolada región? Dame en buen hora,
si el cielo quiere que por ti sucumba,
a la sombra de un sauce, humilde tumba:

XLII

o a la orilla del mar, fuera del paso
de los mortales, donde apenas haya
señal de vida, y con rumor escaso
las olas se adormezcan en la playa.
Sepúltame de cara hacia el Ocaso,
para que cuando el sol a hundirse vaya
en las costas de Albión, lejos, muy lejos
me alumbre con sus últimos reflejos.

XLIII

¡Ay!, esa luz incierta y fugitiva,
cuando a la tarde sobre mí se abata,
será como un recuerdo que reciba
de mi patria orgullosa y siempre ingrata.
Mas ¿quién piensa en morir? Grecia cautiva
hoy de su férreo yugo se desata,
y mientras libre y próspera no sea,
morir es desertar de la pelea.

XLIV

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa
de héroes y genios! ¡Sosegada fuente
de rica inspiración! ¡Fecunda esposa
del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!
¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa
por vez primera respiré tu ambiente!
y al escuchar el son de tus cadenas,
¡con cuánta indignación lloré en Atenas!

XIV

Yo recorrí tus campos, tus sombríos
bosques y tus poéticas colinas;
templé mi sed en tus sagrados ríos
y me bañé en sus ondas cristalinas.
Entregado a mis vanos desvaríos,
con mudo asombro contemplé tus ruinas,
iluminadas por el cielo heleno
de música y color y aromas lleno.

XLVI

¡Cuál se destacan los contornos puros
del templo secular! La verde hiedra
trepando inquieta por los altos muros
en la hendida pared arraiga y medra.
Mueve el aire sus vástagos oscuros,
colora el sol la ennegrecida piedra,
y parece que inmóvil en la cima
el moribundo Partenón se anima.

XLVII

Allí sesteo el balador ganado,
paciendo en calma la reseca hierba
que crece al pie del templo consagrado
a las fecundas artes de Minerva.
El pastor perezoso y descuidado,
a quien el sol canicular enerva,
duerme tranquilo en la agostada alfombra,
del mutilado pórtico a la sombra.

XLVIII

Tranquilo duerme o vaga sin objeto
al compás de los cantos que improvisa,
dulces como la miel del monte Himeto
que en el lejano término divisa.
Él de una raza de gigantes nieto,
su heroica tierra indiferente pisa,
y no guarda indolente en su memoria
ni el propio origen, ni la patria gloria.

XLIX

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano
celosos de tus ínclitas empresas
el tiempo adusto y el rencor humano
redujeron tus templos a pavesas.
En vano, ¡oh Grecia!, la implacable mano
de tu opresor envilecida besas:

tan excelso renombre conseguiste
que a la edad y a tu infamia se resiste.

L

¡Y nunca morirá! Puede la lumbre
extinguirse en tu claro firmamento;
puede rodar la inmensa muchedumbre
de tus dioses, postrada y sin aliento.
Pero los ecos de la enhiesta cumbre,
los rumores del bosque, el mar y el viento
repiten cadenciosos los gemidos
de tus dioses olímpicos vencidos.

LI

Vencidos, mas no muertos. ¿Hay alguno
que no viva en el mundo de la idea?
En él fulgura Apolo, alienta Juno,
duerme en su concha Venus Cíterea,
en su carro marino el dios Neptuno
por el undoso piélago pasea,
Júpiter vibra el rayo ignipotente
y orla Baco de pámpanos su frente,

LII

Aun ciñendo su rústica guirnalda
turban nuestra memoria tus bacantes,
con el cabello suelto por la espalda
y los desnudos pechos palpitantes;
aun vagan en silencio por la falda
del sacro Pindo, que animaron antes,
tristes las Musas, pero siempre hermosas,
coronadas de lauro y mirto y rosas.

LIII

La rabia, en los mortales corazones,
de tus negras Euménides aún dura;
aún surcan tus nereidas y tritones
del hondo mar la líquida llanura;

aun se perciben los alegres sonos
de la flauta de Pan en la espesura,
cuando ensalza y endiosa la grandeza
de la amante y feraz Naturaleza.

LIV

La luminosa huella de tu paso
es estela que nunca se ha extinguido,
y conservas tu fama, como el vaso
guarda el aroma de licor vertido.
Se alza Homero en la cumbre del Parnaso
resistiéndose al tiempo y al olvido,
y de tus ricas artes los despojos
encantos son del alma y de los ojos.

LV

Labra el mármol con mano ejercitada
Fidias, infúndele su fuego interno
y da a la humanidad maravillada
de la eterna belleza el molde eterno.
La piedra por el genio fecundada
palpita a impulsos del amor materno,
y surge de su entraña endurecida
la estatua llena de reposo y vida.

LVI

La ardiente inspiración del viejo Esquilo,
sorprendiendo el dolor de Prometeo,
revela al mundo en prodigioso estilo
las perdurables ansias del deseo.
Jove impasible, pero no tranquilo,
oye el rugir del indomable reo,
que encadenado a la escarpada roca
con renaciente furia le provoca.

LVII

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,
comarca infortunada! Aunque tus días

cortase de improviso el terremoto
y te tragara el mar, no morirías.
Bastaran una estrofa, el dorso roto
de una estatua, un frontón, cenizas frías
de tu pasado, para no olvidarte,
¡oh cuna de los dioses y del arte!

LVIII

¡Con cuán amarga indignación, con cuánto,
dolor, presa de un déspota contemplo
tanta belleza incomparable, y tanto
recuerdo augusto a la virtud ejemplo!
Todo me inspira lástima y espanto:
el muro hendido, el derribado templo,
la columna volcada entre la hierba,
tus hijos degradados y, tú, sierva.

LIX

¿Y ha de vivir en abyección profunda
siglos y siglos tu escogida raza?
No: ponte en pie, revuélvete iracunda,
el fuerte escudo minervino abraza:
para romper tu bárbara coyunda,
de Hércules toma la pujante maza,
acostumbrada en sus fornidas manos
a rendir monstruos y a domar tiranos.

LX

Lanzas te den tus bosques; tus cadenas,
hierro para luchar; las tempestades
su furor; y el recuerdo de tus penas,
odio mortal para que no te apiades.
Convierte tus peñascos en almenas,
tus campos tala, incendia tus ciudades,
y si ser grande y respetada quieres,
de ti no más la salvación esperes.

LXI

Recuerda, ¡oh Grecia!, los antiguos hechos
de tus hijos magnánimos y bravos,
y reconquista sola tus derechos
sin fiar en latinos ni en esclavos.
Cubra la cota bélica tus pechos
cansados ya de amamantar esclavos,
y el rayo destructor tu diestra vibre:
que quien sabe morir sabe ser libre.

LXII

Así entendieron el valor tus bellas
y nobles hijas en la infausta rota
con que probar quisieron las estrellas
la fe de un pueblo enérgico y patriota;
cuando madres, esposas y doncellas,
siguiendo en pos de la legión suliota ,
vieron, con sed inútil de venganza,
de sus deudos la bárbara matanza.

LXIII

El implacable Alí, de rabia ciego
y ansioso de vengar viejos reveses,
cayó de pronto sobre el campo griego
como la tempestad sobre las mieses.
Y entró con furia tal a sangre y fuego,
azuzando a sus rudos albaneses,
que cuando a la salida se previno
le cerraban los muertos el camino.

LXIV

Con mudo afán y punzadora pena
multitud de mujeres contemplaba
el brutal frenesí de aquella hiena,
desde una roca inaccesible y brava.
De acerbo llanto silenciosa vena
sus lívidos semblantes inundaba,
y ante aquel espectáculo sangriento
ni un suspiro exhalaban ni un lamento.

LXV

¡Cuán mortalmente a todas de rechazo
el bronco golpe del cañón hería!
que era el combate decisivo, el plazo
funesto, interminable la agonía.
Sólo el cándido niño, en el regazo
maternal, inocente sonreía,
sin comprender su desventura horrenda
y ajeno, el triste, a la feroz contienda.

LXVI

Firmes como granítica muralla,
de sangre y polvo y de sudor cubiertos,
los griegos esperaron la metralla
de su trágico fin ni un punto inciertos.
Pudo el turco en el campo de batalla
contar a los vencidos por los muertos,
que Alí no dio cuartel, ni hubo suliota
capaz de resignarse a su derrota.

LXVII

De pie sobre la ingente cortadura
del agrio monte, en cuyo fondo mismo
espumoso torrente de agua oscura
la grandeza aumentaba del abismo,
madres, hijas y esposas sin ventura,
del terror en el fiero paroxismo,
veían con atónita mirada
el término fatal de la jornada.

LXVIII

¡Todo acabó! Desgarrador lamento,
que el eco repitió de cumbre en cumbre,
brotó, en la angustia del postrer momento,
de aquella estupefacta muchedumbre.
Trastornada, convulsa, sin aliento,
prefiriendo a la torpe servidumbre
la palma del martirio victoriosa,
y a las infamias del harén, la fosa,

LXXII

¡Una sola faltó! De la hendidura
que abrió un arroyo en la caliza roca,
a donde acaso en su mortal pavora
buscó refugio atribulada y loca,
sobre hermosa y dormida criatura
apretada la faz, boca con boca,
y de amarilla palidez cubierta,
no se movió una madre. ¡Estaba muerta!

LXXIII

Ya consumado el duro sacrificio,
todas en rueda y de la mano asidas,
al borde del riscoso precipicio
giraron por el vértigo impelidas.
Al compás de su lúgubre ejercicio
iba el abismo devorando vidas,
y sacando sus víctimas la suerte
de aquella horrible danza de la muerte.

LXXIV

Eran principio y fin de su camino
la fiebre arriba y el sepulcro abajo,
y una tras otra en raudos remolinos
fueron cayendo en el inmenso tajo .
¡Confunda Dios al déspota asesino
que a tan sangrienta extremidad las trajo,
y dele, como premio a sus hazañas,
hijos sin fe y esposa sin entrañas!

LXXV

Pero es forzoso que mi canto acabe,
Ya llegamos al puerto, ya sumisa
da fondo en él la afortunada nave,
columpiándose al soplo de la brisa;
ya recoge sus alas como el ave
que al nido llega; y con ingenua risa

saluda el marinero enternecido,
como el ave también, su patrio nido.

LXXVI

¡Feliz mil veces él! ¡Cuán placentera,
con blando afán, en la cercana orilla
le aguardará quizás su compañera,
inocente como él, como él sencilla!...
¡Ay! ¿Quién me espera a mí?.. ¡Grecia me espera!
Doblo ante su infortunio mi rodilla,
y mientras lllore opresa y desgarrada,
lira, ¡déjame en paz!.. ¡Venga una espada!

FIN